



Luz y Guía

Ancha 15

Año III - Núm. 26 - Suplemento de «Hoja Parroquial» - Cassá de la Selva (Gerona) - Agosto de 1946

Una advertencia a España

Convengamos de antemano en que los españoles adolecemos de una portentosa falta de memoria. Convengamos asimismo en que con frecuencia damos muestras de carencia en gran escala del sentido de responsabilidad y que, a pesar del gigantesco intento actual de resurgir nuestros valores morales, valores que dieron ser y vida cristianos a medio mundo, se observa actualmente en España una infiltración preocupadora del espíritu materialista y pagano en que vegeta el mundo.

Y estas afirmaciones que no queremos referir, ni mucho menos concretar, al campo político, sino de una manera especial al de la religiosidad y costumbres españolas, podrán parecer exageradas o pesimistas tan sólo a un espíritu superficial y ligero, sin las más mínimas dotes de observador

Porque todos sabemos que el cenit de

Estampas veraniegas

Llegó de nuevo el verano, compendio de flores, alegría, color y vida, con su perfume de fiesta mayor, sus danzas callejeras, sus dulces y tranquilas noches que reponen nuestras fuerzas vencidas por el calor aplastante del día.

Es en esta estación veraniega cuando nuestro cuerpo reclama más autoritariamente las comodidades que pueden aligerar el peso agobiante del calor. ¡Con cuánto gusto nos zambullimos en las aguas poco profundas de nuestra familiar Resaca, en los momentos en que los rayos solares descienden a plomo sobre nuestras cabezas! ¡Qué bienestar nos invade al sentirnos arrullados por la suave brisa marina que mueve las ramas del alto pino que nos cobija con su sombra generosa, oyendo lejos, el murmu-

Sigue en 2.ª pág

España

nuestra grandeza histórica se alcanzó precisamente cuando un espíritu profundamente cristiano informaba la vida española y que el principio de nuestra decadencia no lo marcaron acontecimientos adversos, sino que coincidió con la mengua del nivel de moralidad en nuestra patria

Con insistente machaconería se nos ha repetido a los católicos que el azote sangriento de la guerra en nuestro suelo pudo muy bien ser el latigazo del Señor para despertarnos de una somnolencia culpable. Y frescas aún en la memoria de todos están las escenas terribles de la última conflagración universal que nadie se niega a reconocer como hija de una desenfrenada ambición política y de un sentido absolutamente negativo del precepto de la caridad que debe ser el distintivo de los seguidores de Cristo.

Pero ¿por ventura estos antecedentes son los que ilustran y encauzan nuestra actual conducta? ¿Es que a pesar de palpar los efectos desastrosos de unas causas bien conocidas de todos, hacemos algo para suplantarlas por un verdadero espíritu de hermandad, de penetración, de ayuda mútua, de cristianismo en suma?

Sigue en 2.ª pág.



ES casi lamentable, durante el verano, el aspecto que ofrece nuestra localidad en las tardes de los días festivos. Naturalmente, hay gente en las calles, pero no pueden éstas conservar su animación habitual. Les falta aquel ininterrumpido vaivén de personas. Para hallar las causas es preciso que nos traslademos a la estación y presenciemos la llegada de los últimos trenes.

Llega primero el de Gerona. Este había robado ya al pueblo alguna «colla» de aficionados a la pesca. Con sus enormes cestas de forma exageradamente alargada, descenden, despeinados, quizás un poco cansados, pero sonrientes. Habrán pasado seguramente un buen día en las riberas frescas del Oñar. No son muchos y por esto su ausencia muy poco habrá influido en la disminución del tráfico en nuestras calles.

Pero una hora más tarde, un par de plañiteros silbidos anuncian la llegada del tren de San Feliu. Algún resoplido más, y ya está ahí el verdadero culpable de la despoblación. Entre apretujones y gritos, puede apearse por fin una riada de gente que llega del efímero veraneo. En la multitud se confunden los lamentos con las exclamaciones. Unos por causa de la fatiga; otros porque no pueden soportar el azote que les representa el más leve golpe que reciben sus tostadas espaldas. Las caras tampoco han podido eludir los ardientes rayos del sol y por eso lucen un gracioso color rojo, casi cómico. ¡Habían ido a refrescarse!

Sinceramente, no creemos que todo esto valga ni los cinco duros a que habrán ascendido los gastos de comida y viaje, ni la pena de haber abandonado el pueblo y de haberle así quitado su acostumbrada animación.